

MISANTROPIA

Y ARREPENTIMIENTO.

Alcazar

DRAMA EN TRES ACTOS.

¡Cuan cruel es la venganza de la ultrajada virtud!

PERSONAS.

*Carlos, Baron de Menó.
El Mayor Horst.
El Conde de Walberg.
Biterman.
Tobías.
Frantz.
Peters.*

↓↓ *La Condesa de Walberg.
↑↑ *Eulalia, bajo el nombre de Miler.
↓↓ *Eugenio, niño de cuatro á cinco años.
↑↑ *Una Camarera.
↓↓ *Dos niños, hijos del Baron.
↑↑ *Algunos Lacayos.
↑↑ *Un Postillon.*******

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

ACTO PRIMERO.

*El teatro representa un bello paisa-
ge: el castillo aparece sobre una co-
lina, y á la derecha de los actores,
á lo lejos, en el fondo á su izquier-
da una pagueñuela cabaña entre al-
gunos árboles que la cubren: al mis-
mo lado y al pie de la colina empie-
za una arboleda, que conduce á la
morada del Estrangero: á la dere-
cha, hácia el ter:ero bastidor, hay
un pequeño pabellon practicable, del
cual se ve solamente una parte.*

Peters, que viene del castillo.

*Pet. Amigo Peters, Señora
Miler lo manda, y es fuerza
llevar este dinerillo*

*al viejo Tobías. Ella
me ha encargado que lo calle;
pero en buenas manos queda:
no, no lo sabrá ninguno.
A la verdad, que es muy bella
muger la Señora Miler!
bella muger! pero necia,
muy necia; porque ve aquí
lo que mi padre me enseña:
„el que gasta su dinero
„es un hombre sin prudencia;
„pero el que lo da, merece
„que le rompan la cabeza.”*

*El Baron sale cruzados los brazos y
la cabeza baja; ve á Peters, y le
mira con desconfianza: Peters se
queda por un momento mirando al
Baron con la boca abierta, se quita
el sombrero, y con una cortesía ex-
travagante se dirige hácia la cabaña.
Bar. ¿Quién era, Frantz?*

Fra. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.

Bar. Por la noche
me hablaste ayer en la cena ..

Fra. De aquel labrador anciano.

Bar. Es verdad.

Fra. Mas sin respuesta
me quedé.

Bar. Pues vuelve ahora
á decirlo si te acuerdas.

Fra. Pues, Señor, es pobre.

Bar. ¿Y tú
de qué sabes su pobreza?

Fra. Él lo dice.

Bar. Y él lo dice!

[Con amargura]

no ignora el hombre la senda
del engaño.

Fra. Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

Bar. ¿Y por qué no?

Fra. Si quisiera
explicarlo no podría;
pero mi alma se interesa
en su favor.

Bar. Frantz, ¿qué debil
eres!

Fra. Es verdad; mas crea
Vmd., que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.

Bar. Necio!

Fra. La beneficencia
produce la gratitud.

Bar. Ah! no es verdad. *[Con dolor]*

Fra. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra
que el mismo que los recibe.

Bar. Eso es verdad.

Fra. ¿Qué franqueza!

Y Vmd. es un bienhechor.

Bar. Quién, yo?

Fra. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.

Bar. Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necesidades nuestras.

Fra. Oh! no tanto como eso.

Bar. Y los hombres, en mi idea,

son indignos del favor.

Fra. Muchos, es verdad.

Bar. Pues piensa
que son hipócritas todos.

Fra. Mentirosos.

Bar. Aparentan.

lágrimas á nuestros ojos,
y ríen á espaldas nuestras.

Ve aquí el hombre.

[Con amargura]

Fra. Sin embargo,
hay algunos...

Bar. Dónde?

Fra. En esa cabaña.

Bar. Quién, el anciano?

¿Y ha llorado sus miserias
de ante de ti?

Fra. Mil veces.

Bar. ¿Y quieres tú que le crea
El verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.
Despues de un rato de silencio
Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia.

Fra. Es tan inmensa,
que ha perdido á su buen hijo.

Bar. Cómo?

Fra. Bajo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.

*El Baron le mira, y despues
tinúa.*

Fra. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo...

Bar. No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.

Fra. ¿Ah, Señor!
en favor de su indigencia
Vmd. puede mucho!

Bar. Y cómo?

Fra. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.

Bar. Será fuerza que yo vea
al anciano.

Fra. Bien, Señor.

Bar. Pero cómo acaso mienta...

Fra. No miente, no.

Bar. Qué no miente!

el hombre! el hombre!... ¿es en esta cabaña?

Fra. En esa cabaña.

El Baron entra en ella.

¿Qué alma tan noble y tan bella!

pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas

le conozco, y ha tres años

que le sirvo. La primera

vez que ve un hombre le habla

con seriedad y dureza;

mas sin embargo, á ninguno

ha negado en su miseria

la proteccion y consuelo.

Él es misantropo, es fuerza;

no hay remedio: sin embargo,

su misantropía empieza

en sus mismas desventuras,

porque el odio que profesa

al hombre no está en su alma,

que solo está en su cabeza.

Sale el Baron de la cabaña, y Peters detrás.

Bar. Y bien, qué me quieres?

Pet. Nada,

pero yo soy el que era...

Bar. Qué necio!

Fra. Pues cómo eso?

tan pronto, Señor, de vuelta?

Bar. ¿Y qué habia yo de hacer allí?

Fra. Pero en fin, ¿es cierta su desgracia? lo habeis visto?

Bar. He visto á su cabecera ese bribonzuelo.

Fra. ¿Y qué

tiene que ver (cuando sea

verdad) aqúeste muchacho

con la piedad que se alberga

en Vmd.?

Bar. Tiene que ver:

que estaba de inteligencia

con el viejo... hombres perversos!

¿Cómo hubieran, cómo hubieran

hecho mofa los ingratos

de mi credulidad necia,

si me hubiesen engañado!

Fra. ¿Pues Vmd. cree que fueran...

Bar. ¿Qué hacian juntos?

Fra. Bien facil

Sonriéndose de su desconfianza.

es de saber. Hombre, llega, á Peters.

ven acá: di, ¿á qué has venido

á esta cabaña?

Pet. Cual, esta?

Fra. Sí.

Pet. Yo, á nada.

Fra. No, no, amigo,

por algo has venido á ella.

Pet. Toma! y por qué? vaya, vaya!

Mire Vmd., cuanto me muestra

madama Miler la cara

risueña, por complacerla

me echaria yo en el pozo

del castillo de cabeza.

Fra. Luego ella te manda?

Pet. Sí,

por mas que Vmd. lo pretenda

saber, no lo ha de saber.

Fra. Y por qué?

Pet. Por qué? porque ella

me dijo: ve, Peters mio,

Imitando la voz de Miler.

ve por Dios, y que no sepa

nada ninguno, ve presto,

Peters bonito, que es fuerza

socorrer al viejo.. vamos,

estas palabras me llegan

al corazon, y no puedo

negarme por mas que quiera.

Fra. Ya, pero si ella lo manda

es fuerza tener cautela.

Pet. Sí, que no la tengo yo.

Mire Vmd., mas de quinientas

veces le dije á Tobías,

que no pensara que era

Miler la que le mandaba

el dinero; y aunque fuera

el Rey no se lo diria.

Fra. Oh! tú eres mozo de prendas.

Y era mucho?

Pet. Yo no sé;

pero habrá semana y media

que le traje otro dinero,

y despues otro... á la cuenta

de lo que se ahorraba; y juzgo,

que era en un dia de fiesta,

porque yo tenia puesto

mi vestido nuevo.

Pet. Y esa

madama Miler, ¿es quien

le socorre en sus urgencias?

Pet. Toma, pues quién? no, mi padre no es tan tonto como ella; y dice, que es necesario guardar siempre nuestra hacienda; pero con mayor razón en estío y primavera no se debe dar limosna, que entonces la providencia produce plantas y frutos para los hombres.

Fra. Muy bella máxima! qué amable padre! no es verdad?

Pet. Pues quién lo niega? Pero Miler no hace caso por mas que la reconvenzan. Y aun hace mas.

Fra. Qué mas hace?

Pet. Mire Vmd., cuando Isabela tenia los hijos malos, quiso enviarme a su aldea con dinero; mas mi padre no me dejó que yo fuera porque llovía.

Fra. Y qué hizo?

Pet. Toma, lo llevó ella misma, y se me puso á curar los niños como si fueran suyos.

Fra. Muger singular!

Pet. A veces da grima el verla llorar, sin saber por qué; y si yo, Señor, pudiera verla llorar sin llorar, vaya muy enhorabuena: pero el caso es, que si llora, que quieras, ó que no quieras, yo me quedo sin comer, y echo á llorar.

Fra. Y bien, ¿ queda *Al Baron.* Vmd., Señor, satisfecho?

Bar. Haz que ese hablador se vuelva al castillo.

Fra. A Dios, amigo Peters.

Pet. Con que Vmd. me deja?

Fra. No, pero madama Miler...

Pet. Ay! es verdad que me espera. A Dios.

Saluda al Baron, que no le corresponde.

Oye Vmd., Señor,

aquel está que revienta de rabia, porque no pudo sacarme ni esto siquiera.

Fra. Es verdad.

Pet. Ah! no, conmigo no hay que venirse con fiestas que para guardar secretos yo.

Fra. Bien, á Dios. Qué simple vaya, Señor.

Bar. Qué?

Fra. Que ahora la desconfianza era injusta.

Bar. Oh!

Fra. ¿ Pero qué duda le queda á Vmd.?

Bar. Si me queda, ó no, calla: en fin no quiero escuchar mas.

Se levanta, y sigue hablando acritud.

¿ Quién es esta madama Miler? ¿ por qué su nombre siempre resuena en mi oído? y ¿ por qué causó sin haber podido verla, á cualquier parte que voy ha estado primero ella?

Fra. Vmd. debía alegrarse.

Bar. Por qué?

Fra. Porque es una prueba de que aun hay entre los hombres algunas almas modestas y bienhechoras.

Bar. Sí, sí.

Fra. Procure Vmd. conocerla.

Bar. Conocerla! *Con ira*

Fra. Yo, Señor, la conozco, y es muy bella.

Bar. Mucho peor: la hermosura encubre con apariencias falaz un alma viciosa.

Fra. Pues la suya es en mi idea el velo de la virtud: es tal su beneficencia...

Bar. Ah! qué incauto! mira *Fra.* cualquiera muger desea deslumbrarnos afectando alguna virtud, y esta será quizá mas astuta en su ficción.

Fra. Pero sea

como sea , poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano , y haga bien.

Bar. Mejor , así en su pobreza
no necesita de mí.

Bra. No obstante , Señor , en ella
la buena Miler habrá
socorrido las urgencias
limitadas y actuales;
pero , por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.

Bar. Reparo que te interesas
Con una ironía amarga.
con mucho ardor por Tobías.
¿ Estarás de inteligencia
tú con él para engañarme ?

Fra. ¿ Y es posible , que Vmd. crea...
Con lágrimas en los ojos.
ah ! no ha nacido del alma
de Vmd. tan baja sospecha.

Bar. Es verdad ; perdóname,
Con bondad le alarga la mano.
amigo mio.

Fra. Sí , venga
la mano , y la besaré
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente , para haber
concebido contre ellas
ese odio universal,
aquesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.

Bar. Tú lo has dicho. ¿ Cuánta pena
me has dado , Frantz ! déjame.
Se vuelve á sentar , y lee.

Fra. Vele allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida ; á los placeres,
muerto ; á la naturaleza,
muerto tambien , y sumido
en su dolor. ¿ Quién pudiera
restituirle al placer !
Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al menos , que amasa

la sociedad... Si quisiera
cultivar algunas flores...
Pero nada , en su tristeza
sumergido , calla y lee;
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su mísera existencia,
y maldiciendo á los hombres
artífices de su pera.

Lee el Baron.

„En la soledad adquieren mayor
„energía nuestras ideas ; pero tam-
„bien se renuevan las antiguas heri-
„das , y cuanto en otro tiempo agitó
„con violencia las fibras de nuestro
„cerebro , es un fantasma que nos
„persigue y nos atormenta de conti-
„nuo.“

Fra. Tiene razon ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,

Va saliendo Tobías.

que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitud de los negocios.

Tob. ¡ Oh cuán grata es la influencia
del sol sobre el infelice !
Pero mi alma se enagena
de placer , y de su Dios
benéfico no se acuerda.

*Se descubre , y levanta las manos
al cielo.*

Fra. Ve aquí un anciano , que goza
*El Baron cierra el libro , y mira con
atencion al viejo.*

de poco bien en su extrema
necesidad , y da gracias
á la angusta Providencia
del poco bien de que goza.

Bar. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los deja.

Fra. A Dios , buen hombre : parece
que veo mas fortaleza
en Vmd.

Tob. Dios , y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.

Fra. Sia embargo Vmd. demuestra

bastante edad.

Tob. Sí, Señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.

Fra. Pues yo, amigo, me quejara
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.

Tob. ¿Vmd. piensa,
que soy yo tan infeliz?
¿No gozo aun de la bella
luz del sol amaneciendo?
¿No he recobrado mis fuerzas
con la salud? Ay, amigo!
aquel que por vez primera,
después de un penoso mal,
respira el aura serena
de una placida mañana,
es el mas feliz que llega
á ver los rayos del sol.

Fra. Pero ese bien degenera
bien pronto con la costumbre.

Tob. No en la vejez: muchas penas
me han afligido y me afligen;
y sin embargo sintiera
la muerte. Cuando mi padre
me dejó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendijo mi union
con tres hijos; pero esta
dicha duró pocos años.
Dos de ellos vieron apenas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiereza
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia,
pero mi pobre muger,
ó mas debil ó mas tierna,
murió de dolor: quizá
yo en mi soledad hubiera
seguidolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.
En fin cuando mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna

misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice;
su genero a imprudencia
le condujo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre... Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles; y os protesto,
que si la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hambre y de pesar muriera.

Fra. ¿Y sin embargo Vmd. ama
la vida? Vmd. la desea?

Tob. ¿Y por qué no, mientras hay
un objeto que interesa
mi corazon en un hijo?

Fra. Puede que Vmd. no le vuelva
á ver jamas.

Tob. Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun cuando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaria la muerte
sin yo desearla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací; aquella vieja
encina creció conmigo,
y... (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.

Fra. Un perro!

Tob. Un perro; sí, amigo,
ríase Vmd. cuanto quiera;
pero sepa Vmd. que Miler,
la generosa, la buena
Miler, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela;
y como el perro ladraba
viéndola entrar, dijo ella:
¿por qué no da Vmd., Tobías,
este animal, pues apenas
tiene Vmd. pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
le respondí, ¿quién me amara
en mi soledad?

Fra. No sea

Al Baron que piensa profundamente.
causa de que Vmd. se enoje
la interrupcion; mas quisiera

que Vmd. oyese....

Bar. Sí, Frantz,
todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dejarás abiertas
las ventanas hácia el río.

Fra. Voy, Señor. *Vase.*

Bar. No te detengas. *Con prontitud.*
Dime, anciano, ¿qué te ha dado
Miler?

Tob. Aquel alma bella,
aquel alma angelical
me ha dado cuanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.

Bar. No mientas!
Y nada más?

Tob. Y qué más?
Ella, Señor, bien quisiera
librar á mi buen Ernesto;
pero por más que lo sienta,
carece de facultades.

Bar. Salva un hijo. A Dios.

*Vase con precipitación, despues de
darle una bolsa de dinero.*

Tob. ¡Qué nueva
felicidad es la mía! *Abre la bolsa.*

Válgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlos:

A Frantz que sale.

la confianza en la eterna
misericordia jamás
nos engaña... oh Providencia!

Fra. ¿Y quién es el generoso?

Tob. Su amo de Vmd... ¡ah, que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!

Fra. Hombre singular!

Tob. Ni quiso
el buen Señor que le diera
las gracias, y ya iba lejos
antes que mi torpe lengua
se moviese.

Fra. Ve ahí mi amo.

Tob. A Dios, amigo. Ello es fuerza
correr cuanto me permitan
los años á dar la nueva
de su recate á mi hijo.
¡Cuanta será su impaciencia,
su placer, cuando se abraza
con cuanto amaba en la tierra,
con su amante y con su padre!

Oh tú, augusta Omnipotencia!
colma de favor al hombre
generoso, que tu diestra
cubra su frente de gracias:
extiéndase tu clemencia
en la felicidad suya.

¿Que quién hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso,
que tu imagen representa?

Vase por la derecha.

Fra. Ah! ¿por qué no soy yo rico?

¿por qué yacen las riquezas
en manos de los crueles?

ay! si yo las poseyera,
socorrer al infertunio
serian mis complacencias.

Vase por la arboleda.

*La escena representa un salon del
castillo. Sale Eulalia con una
carta obierta.*

Eul. Ah! ve aqui lo que me aflige!

Yo estaba ya más contenta
en mi retiro, á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazón

del solitario. ¡Oh, yo necia
y desgraciada muger!

en el claustro y en las selvas
te seguirá tu dolor,

clavado como una flecha,
Eulalia, en el corazón.

Pero al fin, cuando la pena
le oprimia con su peso,

yo lloraba sin dar cuenta

á nadie del llanto mio;

y errante, triste é inquieta
por los campos del castillo,

ninguno formó la idea

de que mi alma obedecia

á la irresistible fuerza

de una conciencia culpable,

que por siempre me condena

á llorar lejos del hombre

mi criminal imprudencia.

Misera yo! si ellos vienen,

á Dios, ó dulce y amena

soledad; á Dios lectura,

que tal vez has dado treguas

á mi dolor con tus gracias,

¿Y si acaso la Condesa,

ó el Conde traen algunos
de los sugetos que puedan

conocerme? ay! que infeliz
es aquel de quien recela
el corazón criminal
la inoportuna presencia
de uno, de un solo testigo
de su delito y su pena.

Sale Peters. Aquí estoy yo.

Eul. Muy bien, Peters;
y Tobías?

Pet. Allí queda
tan contento el pobre viejo.

Eul. ¿Le dijiste de quien era
el dinero?

Pet. Dios me libre.

Le dije que no creyera
que era usted la que le daba
aquellas cuantas monedas,
que no era usted.

Eul. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*

Pet. Pero sin embargo piensa
en venir á dar las gracias
que quieras ó que no quieras.

Eul. Mira, Peters, no permitas,
que Tobías cuando venga
entre á verme; dile tú
que duermo, que estoy enferma,
ó que no tengo lugar.

En fin, dile cuanto quieras,
y no le dejes entrar.

Pet. Bien, y si acaso se empeña,
le agarraré por un brazo...

Eul. No, Peters, no hagas violencia
al enfermo viejecito.

Pet. Me voy, que mi padre llega. *vase.*

Sale Bit. Buenos días, Señorita,
yo celebro verla buena
y graciosa como siempre.

Usted me llama, y quisiera
saber que novedad hay.

Eul. A Dios, Biterman. Hoy llegan
los señores del castillo.

Bit. Quién? el Conde? su Excelencia?

Eul. Sí, amigo, de aquí á dos horas
llega el Conde, la Condesa,
y su cuñado el Mayor
de Horst.

Bit. ¿Lo decís de veras?

Eul. Usted sabe, Biterman,
Con dulzura.

que Miler no se chancea
jamás.

Bit. Peters... y es posible?

Válgame Dios! cuándo vengan,
qué dirán? Peters...

Sale Peters. Señor.

Bit. Ve á buscar á toda prisa
al guarda bosques, y dile
que me mande varias piezas
de casa: que Juana limpie
los cuartos de su Excelencia,
y le quite á los espejos
el polvo para que pueda
verse en ellos la señora.

Vase Peters.

Corre, marcha. ¿Qué cabeza
me ha puesto la tal noticia!
Pero lo que me da pena
es, que la cámara verde
está toda descompuesta,
y no habrá donde poner
al Mayor.

Eul. ¿En la escalera
no hay un cuarto hácia el oriente?

Bit. Es verdad; pero esa pieza
está para el Secretario:
no obstante tengo una idea
excelente: la casilla
que alinda con nuestra huerta
se la podríamos dar.

Eul. ¿Y cómo si vive en ella
el extranjero?

Bit. No importa,
que se vaya.

Eul. Oh! bueno fuera
cometer una injusticia.
Usted sabe, que no media
el interés en su elogio,
pues ni le he visto siquiera;
pero cuantos le conocen
tienen repetidas pruebas
de su virtud; y yo creo
que la morada que arrienda
la paga liberalmente.

Bit. Cierto, yo no tengo queja
ninguna; pero...

Eul. Qué? vamos.

Bit. En fin, Miler, yo quisiera
saber quien es. Qué demonio!
Siempre va huyendo diez leguas
cuando me ve, y aunque busco
mil ocasiones diversas
para hablar con el criado,
ni tampoco me contesta.
„Hoy hace buen día. Sí.

“Ya los árboles empiezan
á brotar. Sí. Me parece
que hoy el amo se pasea
con gusto.” Sí. Mil demonios
se llevan tanta reserva
y tal caillar, vaya, vaya.
Eul. Bien, pero con la impaciencia
olvida usted á los Condes.
Bit. Pues si es verdad: usted vea
que motivo habrá...

Eul. Las nueve.

Yo me voy á mis haciendas:
á Dios, Biterman.

Vase.

Bit. Sí, sí;
tambien usted es linda pesca;
ni tampoco sé quien es.
Madama Miler! qué buena
hay tanta madama Miler
en el mundo! La Condesa
la recibió hace tres años,
para darle la intendencia
del castillo, pero bien,
quién es esta aventurera?
de dónde viene, y por qué?
Ve aqui lo que me condena.
Vaya, que es fatalidad
no averiguar tan siquiera...

Sale Pet. Padre, padre, que ha llegado
un Señor, venga usted apriesa,
que es el Mayor de... de... vamos,
que llega el Señor.

Sale el Mayor Horst. Peters imita
á su padre en toda esta escena.

Bit. Merezca

Con muchas cortesías.
un mayordomo, Señor,
ofrecerse á la obediencia
de V. S., y mas cuando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia,
el gran Conde de Walberg.

Pet. De Walberg.

May. Oh! vamos, deja
cumplimientos, Biterman;
ya ves que un hombre de guerra
ni los hace ni recibe.

Bit. Señor, con vuestra licencia,
aunque estamos en el campo,
veneramos la grandeza
de los cuñados de un Conde.

Pet. Conde.

May. Muy bien, como quieras.
Mi hermano y yo hemos pensado
pasar esta primavera
en el castillo.

Bit. Aunque fuese
un año; pues sin que sea
vanidad, he acumulado,
Señor, y puesto on reserva
con que admirar á los Condes.

Pet. A los Condes.

May. Bien, muy bella
precaucion. Tu economía
exige, segun mis cuentas,
un disipador, y creo
que en mi cuñado se encuentra
cuanto puedes desear.
Ha dejado la carrera
militar, y se propone
concluir lo que le queda
de vida en este castillo.

Bit. Y con eso las gacetas
vendrán todas las semanas.

Pet. Semanas.

Bit. Por la escalera
me parece... Sí, Madama
Miler... Buena muger! buena!
es el ama de gobierno.
Yo voy á hacerla que venga,
si gusta V. S.

Pet. Si V. S.

May. No te tomes ésa pena.

Bit. Oh, Señor! no puede serlo
nunca para mí dar pruebas
de mis respetos á V. S.

Pet. Tos á V. S.

Vanse Biterman y Peters.

May. ¡Qué paciencia
es necesario tener
con estas gentes! Él piensa
hacerme quizá un obsequio
en mandarme alguna vieja
importuna y habladora
que me rompa la cabeza.

Sale Eulalia, que hace una cortesía,
que anuncia su buena educacion.
Hola! no es vieja.

Eul. Señor,
yo me doy la enhorabuena
de conocer un hermano
de la señora Condesa,
mi bienhechora.

May. Y yo aprecio

un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á Vmd.

Eul. Sin duda la primavera
ha dado motivo al Conde
de venir aquí.

May. No, bella

Miler, Vmd. le conoce:
que haga sereno, que llueva,
poco le importa, con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.

Amistad, amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya, y si llega
á reunirlos, ve aquí
su codicia satisfecha,

Eul. En verdad, que la ventura
le favorece: riquezas,
salud, todo contribuye
á su dicha; mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa,
no gozaria de entera
felicidad.

May. Es muy cierto;
pero el alma epicuréea
de mi cuñado disfruta
de un bien que jamás altera
el dolor, y por gozar
de su libertad se deja
el servicio, y por vivir
tranquilo.

Eul. Aquí?

Algo turbada.

May. Si no encuentra
estorbo en la soledad.

Eul. Señor, el hombre que alberga
un corazón libre y puro,
no puede encontrar en ella
sino la paz.

May. Yo aseguro,
que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio.

Eul. No crea

V. S., señor Mayor,
que mi sexo no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres.

May. Señora,

la verdad: ni Vmd. es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para Vmd.

Eul. Señor Mayor, cuando reina
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nuestras horas: las ideas
de un día retratan siempre
las del anterior; las mismas
ocupaciones y el mismo
placer. Cuando en una bella
madrugada me levanto

por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.
Deja el ganado su establo,
y las tranquilas ovejas
van al prado: el labrador,
sacudiendo la pereza,
unce los amigos bueyes,
y los vientecillos suenan
con sus rústicos cantares.
Vuelvo á casa, y mis haciendas
particulares me ocupan
hasta que la tarde llega,
y voy á regar mis flores...
Mis flores, las compañeras
de mi soledad. En tanto
los mozos y las doncellas
me divierten con sus juegos,
que dirige la inocencia,
hasta que el plácido sueño
y el cansancio nos dispersan.

May. Es verdad, pero el invierno
Sale Pet. Toma, ya está en la escalera
yo no puedo más.

Eul. Qué es eso?

Pet. Qué ha de ser? que se me cae
Tobías... aquí está ya.

Sale Tob. Oh mi bienhechora! es fuerza
es fuerza que yo...

Queriendo abrazar los pies de Eul.
lia que lo impide.

Eul. Buen hombre...

Válgame Dios! ¿no pudiera
Vmd. venir á otra hora?
ya ve Vmd....

Tob. Muger modesta,

tanto como virtuosa,
el Señor...

May Y bien, qué intenta
este anciano?

Tob. Demostrar
la gratitud, que me llena
todo el fondo de mi alma,
á los pies...

Eul. Mañana es buena
ocasion.

May. Déjeme Vmd. *Con viveza.*

y permita que yo sea
testigo de un accidente,
que me dice en lo que emplea
la bella Miler el tiempo.
Habla, buen viejo, y consuela
tu corazon.

Tob. Ah, Señor!
¡Si cada palabra fuera
una bendicion celeste!
Yo estaba en mi cabañuela
abandonada y enfermo,
y mi debil existencia
caminaba hácia la muerte.
La lluvia, el viento, la intensa
nieve entraban en mi choza,
y yo en una vieja estera,
desnudo, pobre y enfermo,
aun no tenia siquiera
unas migajas de pan,
que dar á mi perro en prueba
de gratitud á su amor.
En esto que Miler llega
como el angel del consuelo;
me da favor, me dispensa
remedios, y todo cuanto
necesitaba en mi extrema
situacion: pero la gracia
de su virtud, su halagüeña
oficiosidad, lograron
recuperar la flaqueza
de mi vejez... Ah! yo vivo,
yo vivo, y gozo la eterna
luz del sol por su piedad.
¿Y querrá que no agradezca
mi sensible bienhechora...?

Se arrodilla.

Eul. Por Dios, buen viejo...

Tob. Modesta
Miler, deje Vmd. que riegue
Ella lo impide.
con mis lágrimas la tierra

que pisa: deje que bese
la mano que se interesa
en mis males, y por quien
bendice la Providencia
mi vejez. El extranjero
que ha venido á nuestra aldea
me ha dado el oro que veis
para rescatar la prenda
de mi amor, al hijo mio.
De aquí voy á la bandera,
le rescato, y le desposo
con una joven honesta,
y quizá tendré el placer
de ver en la propia mesa,
de poner en mis rodillas
los frutos de su terneza.
Y si acaso pasa Vmd.
alguna vez por la puerta
de mi cabaña, ¡qué gusto
será para su alma bella
decir: „estos son felices
..por mi piedad!“

Eul. ¡Qué pena
me está Vmd. dando, Tobías!
Basta. *Como suplicando.*

Tob. Sí, basta: mi lengua
es incapaz de explicar
cuanto es el placer que prueba
mi corazon este instante.

*Le besa la mano de por fuerza, y
Peters se va limpiando las
lágrimas.*

¡Mager virtuosa y tierna,
solo Dios y tu virtud
pueden ser tu recompensa!

Vase y Peters.

Eul. Mucho tardan ya los Condes.

May. No, bella Miler, no quiera
Vmd. distraerme aca-
o de la deliciosa idea
de su virtud. Ah! ¡qué poco
discurrí yo hallar en esta
soledad una muger
como Vmd.!

Eul. ¿Pues que una escena
tan simple puede causaros
admiracion?

May. Yo quisiera
saber (perdone Vmd., Miler,
una curiosidad necia)
si Vmd. ama, y si es casada.

Eul. Lo fuí.

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

May. ¿ Luego Vmd. , en esa suposicion , es viuda ?

Eul. Ay , Señor ! hay ciertas cuerdas en el corazon humano, que si las pulsán resuenan con dolor. Perdone V. S. , voy á ver si el Conde llega. *Vase.*

May. Vaya Vmd. , que ya la sigo.

Valgame Dios ! ¿ quién creyera hallar en la soledad

de una miserable aldea

tal muger piadosa , noble,

y como bella , modesta!

Quién será ? pero ¿ qué importa

que sea ilustre ó no sea

para los hombres de bien ?

No es mi corazon de piedra,

ni cerrado á la virtud:

¿ no es compasiva ? no es bella ?

no la amo ? pues ve aquí

sus titulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos, y una Camarera de la Condesa, que trae un niño de la mano.

Cond. En fin llegamos , el cielo

bendiga nuestra jornada

como puede. Ella Miler,

cansado de mis campañas,

en las banderas de Vmd.

vengo á tomar una plaza.

Eul. Mis banderas , señor Conde,

ya solo en la retirada

se despliegan.

Conde. Sin embargo,

los amores y las gracias

vuelan en contorno suyo.

Condesa. Vaya , amado esposo , vaya,

Vmd. parece que olvida

que estoy aquí.

Conde. Pero , amada

esposa , bien puedo yo

Remedándola.

hacer tambien lo que acaba de hacer su hermano de Vmd. que ha reventado las jacas de mi tiro , por llegar con dos horas de ventaja.

May. Si hubiera sabido cuanto tienes de amable en tu casa, dirias bien.

Conde. Cara Miler,

voy á complacer el alma

de Vmd. como lo desea.

Este niño es de mi hermana,

de mi pobre Carolina,

que ha muerto la desgraciada

y le deja sin amparo,

con que suplamos su falta

entre los dos.

Niño. Tia mia,

es otra mamá ? qué guapa !

ay , pues yo la querré mucho

Condesa. Bien , Eugenio.

Al oír á Eugenio se turba Eulalia

y despues profundamente pensativa

se inclina hácia el Niño.

Eul. ¿ Qué se llama

Eugenio ? Qué bello nombre

Niño. Yo soy Eugenio.

Eul. Qué gracia !

Cond. Y bien , Biterman , yo c

Dando á Biterman su espada y

brero , y se sienta.

que nos tendrás preparada

una regular comida.

Bit. Señor , no será muy mala.

May. Oye , Condesa , ¿ quién es

Aparte á ella.

ese tesoro que guardas

en este campo ?

Condesa. ¿ Oh , señor

enamorado , y que alma

tiene tan iterna !

May. Responde.

Condesa. Y bien , qué quieres ? se

Miler.

May. Sí , ya lo sé ; pero...

Condesa. Pues yo tampoco sé nada

mas.

May. Oh ! no burles.

Condesa. No burlo.

Vente conmigo á la sala

del Conde , y allí verás

que lo ignoro. Eugenio , vaya

ven á descansar un rato.
Querida Miler, no salga
Vmd. de aquí; pronto vuelvo,
y en la compañía grata
de Vmd. espero gozar
cuantos gustos me prepara
la soledad que amo tanto.

*Vanse la Condesa, el Mayor, los
Criados y el Niño.*

Cond. Y bien, Biterman, ¿aun gastas
aquel buen humor que siempre?

Bit. Para servir á tan alta
Excelencia.

Cond. Bien, yo espero
tener buenas temporadas
contigo.

Bit. Lo que es por mí,
haré, Señor, cuanto haya
que hacer.

*Por Peters, que le está haciendo
cortesías cuando le mira.*

Cond. Quién es ese tonto?
y qué significan tantas
cortesías?

Bit. Con perdon
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo.

Cond. Ah! sí.

Y cómo estamos de caza?

Bit. Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque:
obeliscos, lontananza,
ruinas y... qué sé yo!
Por ejemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca... mas cómo!
con qué solidez!

Cond. Pues vaya,

Se levanta.

hombre, mientras que comemos
llévame á ver esas raras
invenciones.

Bit. Sí, Señor,

Biterman le da el sombrero.
pues Vuecelencia lo manda,
tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Cond. Pero, Madama

Miler, ¡Vmd. trabajando,
sin hablar una palabra!
qué es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada
seriamente en discurrir
como variar las gracias
y los placeres del campo.

Vamos, que ya tengo gana
A Biterman.

de ver la puente chinesca.

Bit. Es magnífica.

*El Conde, Biterman y Peters parten
por la derecha de los actores. Eula-
lia, que desde que se fue la Conde-
sa se puso á bordar, derramando
lágrimas sobre el bastidor, y su-
mergida en una profunda meditacion,
que solo interrumpe su llanto des-
pues de haberse ido los de la escena
anterior, dice, ya puesta
en pie.*

Eul. ¿Qué pasa

en mi corazon? Dios mio,
¿qué mocion inesperada
ha sentido, que mi llanto
jamás con tanta abundancia
se vertió! cuando el dolor
me obedecia, las gracias,
la presencia de aquel niño,
han auquilado el alma
de una infeliz. Ay! ¿su nombre
me recuerda cuanto amaba
mi corazon en la tierra!
¿Tambien esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!
cuya maternal crianza
no es obra mia. ¿Si ha muerto!
¿quién sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes,
él y mi pequeña Amalia
piden contra mí? ¿oh idea
cruel! ¿por qué despedazas
mi corazon, y su llanto
moribundo me retratas,
si no hay remedio? ¿por qué
me pintas su amable infancia
luchando contra el dolor,
é implorando en su desgracia,
la compasion que les niega
una mano mercenaria?
¿Y cruel los abandona
su madre desventurada.

é insensible ! ¡ ay , cuán culpable criatura soy ! se me arranca el corazón al pensarlo.

¡ Y cuando , cuando mi amarga pena me devora el pecho ! cuando debo en mis palabras aparentar un placer de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado , y gritando.

Pet. Ay , Dios mio ! ay !

Eul. Qué es eso ?

Pet. Que el Conde ha caído al agua , y su Excelencia se ahoga.

Eul. Pero ha muerto ?

Pet. No le falta mucho ; pero no se ha muerto.

Eul. Pues no grites , vamos , calla , que su esposa....

Pet. Que no grite ? ay , Dios de mi alma !

Gritando mas.

que se ha mojado el Señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces ?

May. ¿ Quién causa este ruido ?

Enl. Señora , un ligero acaso , nada ; ya está fuera de peligro el Conde ; es verdad ? *A Peters.*

Condesa. Madama , pues qué ha sido ?

Pet. La maldita puente chinesca... y estaba fuerte ; pero , va se ve... ¡ tambien el Señor se agarra de los maderos ! si aquello no está para sufrir chanzas.

Toma , así que los tocó , puf , se cayeron al agua , y el Señor se fue detrás.

Condesa. Ay , mi esposo !

Eul. Pero , vaya , *A Peters.* no le sacasteis al punto ?

Pet. Quién ? yo y mi padre ? ya baja ! lo que hicimos fue gritar , y gritar por las cabañas.

A nuestros gritos llegó aquel hombre que no habla nunca , y soltando la ropa se tiró de un salto al agua , agarró al señor de un brazo ,

en la orilla me le planta bueno y sano , y se marchó sin decir una palabra.

Condesa. Ay , hermano ! ay , Miler , venid , corramos en alas del deseo á dar al Conde nuestro favor , y las gracias al generoso extranjero , que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

El teatro representa la escena mera del primer acto. El Barón rece sobre un asiento rústico , y allí á un momento sale Frantz.

Frantz. Quiere Vmd. comer ?

Bar. No.

Frantz. Vamos , un pichon.

Bar. No tengo gana : come tú.

Frantz. Quizá el calor...

Bar. Puede ser.

Frantz. Pues bien , ¿ se guarda para la noche ?

Bar. No , come.

Frantz. ¿ Me da Vmd. licencia para hablarle un poco ?

Bar. Sí , Frantz.

Frantz. Pues , Señor , Vmd. acaba de hacer una buena acción.

Bar. Cuál ?

Frantz. La de salvar...

Bar. Oh ! calla.

Frantz. Sabe Vmd. á quien ?

Bar. A un hombre.

Frantz. Pero un hombre que se llama el Conde de Walberg.

Bar. Bien.

Frantz. Ese proceder me arranca mil lágrimas de ternura.

Bar. Qué debilidad !

Frantz. ¡ Una alma tan noble ! tan generosa !

Bar. Tú me adulas ? vamos , basta , *Se levanta.*

vete.

Frantz. Cuando yo en silencio pienso en la jamás exhausta piedad de Vmd. ; en el gozo

con que alivia las amargas penas de cualquier hombre, y que á pesar de tan grata virtud no es Vmd. felice, se me parten las entrañas de dolor.

Bar. Ay, buen amigo!

Alargando la mano.

Frantz. Amado Señor, si tanta...

La coge, y habla.

melancolia procede

de alguna enfermedad rara,

yo sé de un médico docto,

que quizá podrá curarla.

Bar. Ay, Frantz! mi mal es aqui,

pone la mano sobre el corazon.

y á esta enfermedad no alcanzan los remedios.

Frantz. ¿Con que luego

es Vmd. por otra causa

realmente desdichado,

siendo tan bueno? ¿Qué amarga situacion es la de Vmd.!

Bar. Yo sufro, sin que lo haya merecido.

Frantz. Pobre amo!

Bar. ¿Olvidas que esta mañana

dijo el anciano: aun hay otra

vida mas feliz? pues calla,

esperemos y suframos.

Frantz. Esperemos.

Bar. Frantz.

Despues de algun silencio.

Frantz. ¿Qué manda

Vmd.?

Bar. Es fuerza partir.

Frantz. Y adónde será la marcha?

Bar. Dios lo sabe.

Fra. Yo estoy pronto á seguir á Vmd.

Bar. ¿Me engañas,

Frantz?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Bar. Ay! ojalá! allí descansa

Con vehemencia.

para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma

en todas partes. ¿Qué importa

la tempestad que amenaza

en derredor de nosotros,

si vive tranquila el alma?

fuera de que, ¿no está Vmd.

contento en su solitaria

habitacion?

Bar. No: mil gentes

desconocidas acaban

de llegar á ese castillo;

y los que ignoran las gracias

de la soledad acaso

llamarán extravagancia

y ridiculez mi humor.

Frantz. No, Señor, la temporada

que le habiten será corta;

es un enjambre que vaga

aquí y allí, sin deseo

de posar sobre las ramas

de la soledad; la moda

le trae aquí, y mañana

el frio y la moda misma

le llevarán de reata

á su primera colmena.

Bar. Me parece, que acibaras

Con desconfianza.

tu reflexion.

Frantz. Ello es fuerza

mezclar tal vez con las gracias

la seriedad.

Bar. Y presumo,

que acaso cuando le falta

objeto á la burla tuya,

lo soy yo.

Frantz. Quién, Vmd.? vaya,

volved á caer de nuevo

en esa desconfianza

universal. Es posible...

Bar. Pero aguarda, Frantz, aguarda

Mirando adentro.

¿qué uniformes, qué plumages

son aquellos que se alcanzan

á ver? huyamos.

Frantz. Huyamos.

Bar. Y presto; si yo tardara

en hacerlo, era preciso

cerrar para siempre mi estancia

á su importuna visita,

y yo en ellos no extrañara

que á mi pesar penetrasen

hasta mi retiro: basta,

que llegan, voy á cerrar

mis puertas y mis ventanas. *vase.*

Frantz. Y yo aqui de centinela.

Paseando.

Con efecto no se engañan

en que á nosotros nos buscan;

pero al cabo, si ellos tratan

de saber quien es mi amo,
será en balde: no sé nada,
y nada sabrán.

Salen al bastidor la Condesa y su hermano.

Cond. Hermano,
aquel que por allí anda
será su criado.

May. Amigo, *Se acercan.*
¿podríamos ver mi hermana
y yo al extranjero?

Frantz. No.

May. Con pocos minutos bastan
para verle.

Frantz. Se ha encerrado.

Cond. Dígale Vmd., que una Dama
se lo suplica.

Frantz. Ay, Señora!
es en vano.

Cond. Cosa rara!
aborrece á las mugeres?

Frantz. A toda la especie humana.

Cond. Y por qué?

Frantz. Acaso le habrán
engañado.

Cond. ¿Extravagancia
poco galante!

Frantz. Es verdad;
pero tambien cuando halla
ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiéndose á la muerte.

May. Mas vale, que no la falsa
y necia galanteria:
pero tampoco una vana
ceremonia nos conduce
aquí para darle gracias.
La esposa, pues, y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado, desean
hacerle ver la encacia
de su gratitud.

Frantz. Tampoco
gusta mucho de eso.

Cond. Vaya,
que es un hombre singular.

Frantz. Que solo vive en la calma
de la soledad.

Cond. No obstante,
yo quisiera verle para
saber quien es.

Frantz. Yo tambien.

Cond. Pues Vmd. que le acompa
no le conoce?

Frantz. Y muy bien:
esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad, Madama,
¿juzga Vucencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer al hombre?

Cond. Tiene Vmd. razon, me ag
ese modo de pensar.

Y Vmd. quien es?

Frantz. Yo, Madama...
un criado de Vucencia.

Cond. Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre.

May. Y el criado
le imita bien.

Cond. Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atrás, que tardan
mi marido y nuestra Miler.

May. Escúchame antes, hermano.
El accidente del Conde
nos interrumpió en la sala
del castillo, y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.
¿Quién es esta muger sabia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto?
yote lo suplico, habla.

Cond. ¿No sabes ya que lo ignoro!
qué te admira? es una exacta
verdad. Cuando yo la ví
por primera vez en casa,
me pareció sumergida
en su dolor, y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar, porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado, son
su desventura, y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla,
del objeto de su llanto.

May. ¿Pero cómo tuvo entrada
en tu casa?

Cond. Veslo aquí.
 Tres años habrá que estaba yo en el castillo, y un día por la tarde mis criadas me dijeron que una joven solicitaba la gracia de hablarme. Dije que bien; cuando pareció Madama Miler con esta modestia, esta sencillez que arrastra el amor; pero sus ojos con mil signos demostraban el tormento roedor, que se ha convertido en grata y dulce melancolía. Ella se arrojó á mis plantas, pidiéndome que salvase á la mas desventurada de la tierra. Yo sensible á su llanto y á las gracias de su juventud, la alcé, prometiéndola mi casa, mi proteccion y amparo, sin afligir mas su alma con preguntas dolorosas; pero procuré con ansia conocerla: y advirtiéndole la virtud que se hospedaba en ella, muy desde luego no la admití por criada como pidió, sino amiga. Un día, pues, que pasaba con ella por estos campos, la ví absorta, enagenada, y con el alma en los ojos, contemplando la inexhausta é imponderable belleza de estas placidas campañas. Por lo mismo la propuse mi castillo por morada constante de su infortunio. Ella, sin que otra palabra pudiese articular, coge mi mano, la besa y baña con llanto: su corazón agradecido brillaba en su llorar silencioso. Desde entonces, retirada en mi castillo, prodiga su piedad en las cabañas del contorno con secreto; y en fin, Mayor, adorada

de cuantos la ven, habita en mis campos solitaria. Ve aquí, amigo, lo que sé.
 May. Poco, á la verdad, ó nada para dejar satisfecho mi deseo; pero basta para mi resolucion. Ayúdame; tu eficacia puede hacer que se declare; y con tal que sea honrada su familia, es mi muger.
 Cond. Quién?
 May. Miler.
 Cond. Hermano...
 May. Hermana...
 Cond. La que...
 May. Hermana...
 Cond. Poco á poco.
 Las máximas que reclaman la igualdad de los estados no juzgues que son extrañas para mí; pero vivimos en sociedad, y la vara de la opinion...
 May. Enriqueta, en vano, en vano te causas: la virtud es siempre noble. Una pasion no esperada, tan rápida como activa, me subyunga y me arrebatada. Yo no repugno á esconderme en la tranquila morada de la obscuridad, si en ella puede reposar el alma en paz y dichosa.
 Cond. Pero ya vez tú, que no me falta que responder: tú, Mayor, debes respetar tu casa y á tus amigos.
 May. Yo debo (concluyamos, pues, hermana) ser feliz y hacer felices á mis hijos, y me basta mi corazón para guia.
 Cond. Ahora el amor apaga las luces de tu razon, y no adviertes en las causas que pudieran destruir tu intencion. ¿Quizá, Madama Miler, podrá recibir tu oferta sin repugnancia?
 May. Ve ahí para lo que imploro

tu persuasión y tu gracia.

Bella Enriqueta, conoce
mi corazón á quien cansa
y siempre cansó la necia
galantería. La llama
del amor, ó lo que usurpa
su nombre no tuvo entrada
jamás en él, y un amigo
en otro tiempo llenaba
toda su capacidad:
hoy amo en fin, y me arrancas
la felicidad, si estorbas
una union tan deseada.
Pero compadéceme,
habla por mí.

Cond. La palabra
te doy de hacerlo, aunque veo
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confío
convencerla... pero calla,
que llegan aquí...

Salen Eulalia, y el Conde por la derecha.

Cond. Por Dios,
señora Miler, que anda
Vmd. por doce: no, amiga,
para el necio que apostara
con Vmd.

Eul. Eo es costumbre,
y á las dos ó tres semanas
que V. E. lo egerciera
no le costaria nada
el andar.

Cond. ¿Y dónde está
Biterman? le daré gracias
por su puente á la chinesca,
que á fe mia, es una alhaja
digna de un Príncipe.

Condesa. Y bien,
dime, ¿ahora dónde estabas,
que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con Madama
venia; yo no sé mas,
porque, amiga, mientras habla
Miler no sé donde estoy.

Eul. En la colina cercana,
hemos estado á la orilla
del rio que su pie baña,
y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata
y amena la perspectiva
que ofrece nuestra comarca,

mas oír la descripción
poética y entusiasta
de las bellezas del campo
en la boca de la sabia
Miler, es mas agradable.
Con todo sino se enfada
A Miler.

Vmd., basta de paseo:
me ha cansado la mañana,
y luego el salto que he dado
por Biterman.

Condesa. Si te cansas,
vamos al castillo.

Conde. No;
yo estoy fatigado para
andar de nuevo, y la sed
me molesta: que nos traigan
cerveza inglesa. Mayor,
qué tal? bajo la enramada
la beberemos.

Condesa. Muy bien;
y en tanto que tú descansas,
la bella Miler, si gusta,
me acompañará.

Conde. Pues vaya,
no os alejeis. Voto vá!
que no hay ninguno de casa
que vaya por la cerveza.
Ello es cierto que me enfada
un holgazan de lacayo,
que me cuente las pisadas;
mas ahora... allí está Peters...

Mirando adentro.

que anda á vueltas con las ramas
de un peral. Peters, muchacho,
eres sordo?

Dentro Peters.

¿ Quien me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro día
te comerás las que faltan.

Dentro Peters.

Voy allá.

Condesa. Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Aquí estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza
al castillo por un frasco
de cerveza (y no te caigas
con él) que lo llevarás
allí debajo: despacha.

Peters. Voy corriendo. *Vase.*

Conde. Señoritas,
hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios ; Madama
Miler , y bien , que os parece
mi hermano ?

Eul. Que en él se hallan
mil prendas que le hacen digno
de serlo.

Condesa. Ya yo esperaba
una lisonja de Vmd.

Eul. Muy lejos de cualquier vana
consideracion , le miro
como un hombre á quien no falta
ni el valor , ni la virtud.

Condesa. Bella Miler , ni gallarda
persona : ¿ no es verdad ?

Eul. Sí.

Condesa. Pero un sí , dicho con tanta
Remedándola con amistad.

indiferencia es un no:
y sin embargo idolatra

en Miler. ¿ Qué dice Vmd. ?

Eul. Que una burla poco urbana
es indigna de V. E. ;
pero esta será una chanza
inocente , y sin embargo
está mi alma tan lejana
de admitirla...

Condesa. Como Vmd.
de ser el objeto : basta,
que os hablo con seriedad.

Eul. Yo no afectaré una falsa
Llena de embarazo.

modestia ; pero V. E.

me confunde y embaraza.

Fue un dia es verdad , Señora,

en que brilló alguna gracia

en mí ; pero el infortunio

ha borrado en su venganza

las facciones de mi rostro.

Ay ! Solo la paz , la calma

del corazon embellecen

á la muger y las gracias

de que se enamora el justo

deben anunciar un alma

tan pura como tranquila.

Condesa. ¡ Ojalá que yo probara
la satisfaccion de ser
tan virtuosa !

Eul. Madama,

Con vehemencia.

¡ oh , no lo permita el cielo !

Condesa. Cómo ? *Admirada.*

Eul. Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.

Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
de la amistad de V. E. ;
pero sí de su inexhausta
misericordia. *Quiere irse.*

Condesa. No , Miler,
venga Vmd. acá ; se trata
de un asunto , que merece
atencion. La inesperada
sentencia que Vmd. se impone
á la verdad no me causa
extrañeza. : Vmd. parece
á un enfermo que juzgaba
ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza.

Eul. Ah , Señora !

que el infierno me acompaña
en el corazon por siempre.

Condesa. Miler , la amistad es grata
Tomándola las manos.

y consoladora. Nunca
exigí la confianza

de Vmd. sobre su infortunio ;

y ha tres años que mi casa
oculta su desventura ;

mas hoy otra nueva causa
me anima para saberla.

Vmd. habla con su hermana,
con su amiga , y para prueba,

un hombre de bien os ama.

Vmd. quizá llamará
ligereza lo que acaba

de oír ; pero , amiga mia,
mi hermano posee un alma

sensible , un corazon noble,
y una virtud no violada.

Él buscaba una muger,
que reuniese la sabia

educacion y belleza ;
y la virtud y las gracias

le han enamorado en Miler.

La primera vez que hablaba
con Vmd. , su compasion,
su beneficencia... vaya,

Miler demuestra vergüenza.
cara Miler , no prosigo,

porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de Vmd. En una palabra,
él aspira á ser su esposo:
su felicidad descansa
en Vmd. sola ; y supuesto
que Vmd. me ve interesada
en saber su desventura,
haga Vmd. mas confianza
de su amiga. Bella Miler,

Con la ternura de amistad,

mi corazon se dilata
para recibir sus penas;
haga Vmd. por derramarlas
en él , y lloremos juntas,
si yo no puedo aliviarlas.

Eul. No hay remedio , el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida,
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.

Es preciso (Triste Eulalia, Apart.
empieza á pagar tu culpa.)

¿ Nunca oyó V. E. ? Ay ! basta,
Apartándose con miedo.

perdon... ¿ Nunca oyó V. E.
el nombre ?... ¡ Desventurada !

¡ Cuanto es cruel disipar
la ilusion en que apoyaba
V. E. su compasion !

(¡ Pero una muger culpada
podrá ser tan orgullosa !

No hay remedio.) En fin , Madama,
¿ Nunca oyó V. E. el nombre

de la criminal Eulalia,
Baronesa de Menó ?

Condesa. ¿ Que vivia en la cercana
Corte ? Sí , Miler , y juzgo
que ha causado la desgracia
de un hombre de bien.

Eul. Dios mio !
de un hombre de bien !

Condesa. Ingrata !
y dicen que con un joven
huyó la infiel de su casa.

Eul. Verdad , verdad... ah , Señora !
Se arrodilla.

deja que inunde tus plantas
con mi llanto ; no me niegues
una infelice morada
donde pueda yo morir.

Con. ¡ Gran Dios ! ¿ y qué es lo que
Apartándose de ella.

esta muger ? Vmd. es... ?
Eul. Yo , la mas desventurada
y abominable criatura.

Condesa. Vmd. será... ? ¡ Desgracia !

El corazon se le rompe
de dolor , y mis entrañas
se conmueven con su llanto.

Vamos , alce Vmd. : su amarga
situacion me compadece ;

pero evitemos que salga
de nosotras un secreto,
que Vmd. con razon callaba.

Eul. Ah ! mi conciencia , Señora,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.
No me aborrezcais.

Condesa. Eulalia,
no , yo no aborrezco á Vmd.
Sus virtudes , sus desgracias,
su mismo remordimiento

no borrarán una falta
tan odiosa ; pero nunca
negaré á Vmd. en mi casa

un aposento en que llore
de un esposo que la amaba
la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el
teatro.

Eul. ¡ Irreparable !

Condesa. ¡ Oh incauta !
¡ oh desgraciada muger !

Eul. ¡ Y mis hijos !

Condesa. Basta , basta,
por Dios.

Eul. ¡ Él sabe si viven !

Condesa. ¡ Pobre madre !

Eul. Me arrebatan
al hombre mas virtuoso.

Condesa. ¡ Infeliz !

Eul. Que idolatraba
en esta muger indigna. Con terror.
¡ Misera yo ! ¡ Si su alma
inocente me acrimina
ante Dios !

Condesa. Ah ! ¡ cómo vagan
sus ojos con el furor !

Eul. ¡ Murió para mí !

Condesa. La espada
del dolor hiere su pecho.

Eul. ¡ Padre mio ! tu malvada

ja te cuesta la vida.
lesa. ¡Cuán cruel es la venganza
la ultrajada virtud!
¡Y yo vivo!
todo el incremento de la pasión.

desa. Desdichada,
quién habrá que te aborrezca,
iénndote llorar? La falta

A ella, con amor.
le Vmd., infelice amiga,
juizá no habrá sido tanta:
a debilidad de Vmd.
ha sido un sueño, una vana
y pasajera ilusión.
il. Con viveza. No, no,
mi culpa es bien clara,
bien horrorosa, y querer
hacerla menor agrava
mi tormento... Ah! nunca, nunca
es mayor, que cuando trata
mi razon de disculparme:
no hay disculpa, ni se halla
para mi crimen. El triste
consuelo mio dimana
de saber que he merecido
la execracion de las almas
justas.

Condesa. Pero tambien ellas
no le negarán su gracia
á las lágrimas de Vmd.

Eul. Ah! si V. E. lograra
Mas tranquila.

conocer á mi buen Carlos!
cuanto esta muger ingrata
le vió... ay! él reunia
las virtudes y las gracias:
apenas tenia yo
quince años.

Condesa. ¿Y casada
cuanto estuvo Vmd. primero
que abandonase la casa
de su marido?

Eul. Dos años.

Condesa. Pues luego ve aquí la causa
de un yerro á que no asentía
el corazón: su temprana
juventud.

Eul. La juventud
no me disculpa, Madama.
¡Oh inocente padre mio!
tú grabastes en mi infancia
los principios del honor.

Condesa. Lo creo; ¡pero la incauta
inexperiencia resiste
á la seducción? y ¡cuantas,
cuantas veces ha caido
la virtud en las lazadas
de un corruptor cauteloso!

Eul. Pues ve aquí lo que se llama
incomprehensible en mi yerro.

El autor de mi desgracia
y cómplice del delito
se confundia en su nada
comparado con mi esposo.
Mas su lengua inveterada
en la seducción, sabia
pintar cruel y tirana
la virtud de Carlos: este
tampoco lisonjeaba
los caprichos de mi lujo,
que tanto aprecian las almas
nuevas como yo imprudentes,
y la elocuencia malvada
de mi corruptor indigno
seducia é inflamaba
mi vanidad. En fin... ay!
padre, esposo... hijos... (¡oh caras
prendas!) todo lo dejé
por seguir... á quién? La innata
Providencia se ha vengado,
permiéndome que abra
los ojos sobre mi culpa.
Mil tormentos despedazan
mi corazón. Ah! yo siento

Se señala al corazón.

aquí, aquí... ¡Justicia santa
de mi Dios! yo lo merezco,
y te adoro en tu venganza.

Condesa. Pero un alma virtuosa
no pudo hacer dilatada
su ignominia.

Eul. Lo bastante
para jamas expiarla.
Ah! sin duda mi embriaguez
pasó presto, y en la amarga
pena que me circufa,
invoqué desconsolada
el hombre á quien ofendí;
pero en vano: procuraba
tal vez escuchar el llanto
de mis hijos, que llamaban
á su madre, pero en vano.

Condesa. Dejemos ya tan ingratas
memorias. Vmd., en fin,

huyó de aquella tirana
cautividad?

Eul. No pudiendo
soportar la odiosa carga
de mi error, vine á buscar
un asilo en la morada
de la virtud generosa,
donde pueda mi desgracia
llorar y morir.

Condessa. Amiga,
desde ahora se derrama
en mi corazon su llanto:
¡ojalá hiciera mas grata
la suerte de Vmd. mi amor,
animando su esperanza!

Eul. Ah! nunca, nunca.

Condessa. Y Vmd.

¿qué sabe del Baron?

Eul. Nada.

Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.

Condessa. ¿Y los hijos?

Eul. Los llevó consigo.

Condessa. Basta

por ahora, que mi hermana
y el Conde vuelven. *Eulalia*,
Vmd. componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, que yo prometo
informarme donde para

Salen el Conde y el Mayor.
el Barón.

Conde. Y bien, Señoras,
¿no hacemos la retirada?

Condessa. Cuando quieras.

Conde. Di, Condessa,
¿es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena?

Condessa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura, pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia
de suplicarle que venga.

Dile, que le hago la instancia
por ti, por no sonrojar
su modestia; que le aguarda

el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

May. Yo admiro la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible
y que la amistad consagra.

*El Conde da la mano á Eulalia
que aparenta serenidad: el
da el brazo á su hermana,
se atreve á mirarle. Por la
cion, la Condessa está cerca
lalia, y le pasa el brazo por
cuerpo con amistad.*

ACTO TERCERO

*Sale Frantz con un cestillo
mano, en el cual se supone
trae la comida, que quiere
hacer en aquel campo.*

Frantz. A la verdad esta vida
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazon hace grato
cualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
bajo este sereno cielo.

Pero quién viene?

Sale el Mayor.

May. Querido,
llame Vmd. al extranjero,
que quiero hablarle.

Frantz. Señor,
es imposible; mi dueño
huye de hablar con los hombres.

May. Vaya Vmd., en el supuesto
de que no soy un ingrato.

Le ofrece un bolsillo.

Frantz. No necesito dinero.

May. Pues bien, amigo, siquier
satisfaga Vmd. mis ruegos.

Dígale Vmd. á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó cuatro minutos
no le podrá ser molesto

oportuno: que yo soy
militar tan sincero
no él generoso, en fin,
tanto pueda darle peso
mi súplica: sí, amigo.
Frantz. Voy, Señor, á ver si puedo
Después de algun silencio.

acerte venir. *Vase.*
y. Muy bien.

pero si viene, ¿qué medio
tomaré para introducir
mi súplica? no me acuerdo
de haber tratado en mi vida
misanthropo mas austero
ni decidido: yo ignoro
como hablar con un sugeto
á quien su misma existencia,
y á quien todo el universo
se le han hecho soportables.

Frantz. Aquel es.
Baron y Frantz por la izquierda.

Frantz. Vuélvete adentro.

¿Quién me busca?

May. Vmd. perdone,
caballero, sí... ¿qué veo!

¿eres tú Menó?

Frantz. Horst mio!

Se abrazan.

May. ¿Mi buen amigo! ¿es un sueño?

Frantz. No: yo soy.

May. ¿Válgame Dios!

Mirándole con dolor.

¿qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?

Frantz. La mano del vituperio
y la desventura... (Cárlos! *Apart.*
calla, calla,) y di, ¿qué objeto
te conduce á mi cabaña?

May. El de hablar á un extranjero
insocial, y vesme aquí
llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos.

Frantz. ¿Luego tú
no sabias que en el centro
de esta soledad vivia Menó?

May. No, amigo; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud: primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo, á efecto

de hacerse gozar el fruto
de tu beneficio en medio
de su inocente familia:
yo en fin venia de nuevo
á suplicarte lo mismo,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo,
y de quien mi corazón
necesitaba el consuelo.

Le abraza.

Frantz. Soy tu amigo, sí, tu amigo;
tu corazón es sincero
y virtuoso, y el mio
te ama como en un tiempo
te amó. Horst, ¿te lisonjea
una verdad que confieso
en la efusion de mi alma?
pues dame una prueba de ello,
dejándome para siempre.

May. Cuanto escucho y cuanto veo
es incomprehensible, Cárlos.
Tú eres; pero echo menos
aquel rostro, que anunciaba
tus virtudes, tu talento,
tu afabilidad y gracias,
que un dia constituyeron
tu caracter.

Frantz. Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.

May. ¿Muy lejanos? yo comprendo
que tu edad, que apenas llega
á treinta y seis años... pero
¿por qué evitas las miradas
de un amigo? ¿tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! ¿qué se ha hecho
aquella penetracion
con que leias lo interno
del corazón?

Frantz. Sí, Mayor,
Con una sonrisa dolorosa.

fui muy habil, lo confieso,
en leer los corazones.

May. Ah! ¿cómo agita tu aspecto
esta funesta sonrisa!
¿qué te sucede, qué es esto,
amigo?

Frantz. Lances comunes;

Afectando ligereza.

el mundo... nada... sucesos

ordinarios... sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.

que te maldiga, te ruego
 que no me preguntes nada;
 y si tienes en aprecio
 mi amor, déjame por siempre.

May. ¡Qué espectáculo tan nuevo
 para mí! Caro Menó,
 que despierten en tu pecho
 las ideas del placer

anterior, y que tu muerto
 corazón se reanime
 á los ojos del primero,
 del mejor de tus amigos,

¿Olvidas quizá los bellos
 días de nuestra amistad?
 ¿aquellos días serenos
 y las pacíficas horas

en que el Dios del universo
 apareciendo en sus obras,
 penetraba hasta los senos
 del alma, y la disponia

á los plácidos afectos
 de confianza y de amor?
 Ay! en aquellos momentos
 nos unimos para siempre!

te acuerdas, Carlos?
Bar. Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.
May. ¿Y no merezco yo ahora
 tu confianza? ah! no es cierto,
 que tú y yo fuimos amigos

no de los que reúne un necio
 capricho por un instante,
 y el instante venidero
 los desune, siempre juntos

hemos volado al encuentro
 de la muerte... Carlos mio,
 yo te juro que padezco
 en recordarte las pruebas

de mi amor... pero á lo menos
 ¿reconoces esta herida?
Se descubre el pecho.
Bar. ¡Ay, hermano! ese sangriento

golpe libertó mi vida,
 ¡pero qué don tan funesto
 hiciste en ella á tu amigo!

May. Habla, por Dios.
Bar. No hay consuelo
 para mí.
May. Lioremos juntos.

Bar. Ve ahí lo que yo no quisiera
 ya no hay mas llanto en mi

May. Pero depon tus secretos
 en mi corazón, y el tuyo
 descansará.

Bar. No hay remedio:
 este mio es un sepulcro
 cerrado; ¿por qué de nuevo
 abrirle á la luz?

May. Acaso
 para cobrar tu primero
 ser, tu dignidad antigua,
 que has perdido. Me avergüenza

de tí, ¿un hombre tan pronto
 dejarse hollar indiscreto
 por la suerte? Tú no eres
 mi buen Menó, compañero,

maestro y amigo mio:
 la nobleza de tu recto
 corazón debió elevarte
 sobre tu destino adverso

y la injusticia del hombre.
Bar. Escucha. Que desde luego
 piense de mí lo que quiera

ese mundo que aborrezco;
 pero es fuerza que al dejar
 la sombra de tu primero
 amigo, sepas la causa

que aniquiló sus afectos
 mas plácidos para siempre.
 Hermano! desde el momento
 en que dejamos las tropas

de Francia, huyó sin remedio
 la ventura de tu amigo.
 El deseo lisonjero
 de ser útil á mi patria

me fijó en ella. Defectos
 de legislacion, y abusos
 del poder dieron al zelo
 de mi pluma un largo espacio;

y solo adquirí por premio
 la certidumbre terrible
 de que pueden ser los buenos
 aborrecidos sin causa.

Herido en lo mas interno
 de mi corazón, callé...
 ¡Tardío conocimiento!

ah! los hombres no perdonan
 nunca al virtuoso necio,
 que ha querido ser mas sabio
 que los otros: y en efecto,

tal fue mi suerte. Yo triste, viví solitario y lejos de la multitud. Mi patria, esperando que en su seno gozara yo de mis bienes me dió el no pedido empleo de teniente coronel, que admití, sin el anhelo de ser mas. Mi coronel murió, y en mi regimiento habia tres oficiales de mi grado y de mas precio por sus méritos que yo. Juzga tú cuán satisfecho me quedaria, si hubiera recaído en uno de ellos la eleccion; pero la Dama de un Ministro sin talento y con amor, dió aquel grado á un mozo vano y soberbio que seis meses hace habia hecho el primer juramento en las banderas; y airado pedí mi retiro. En esto corrieron por la ciudad mil sátiras y libelos sobre su eleccion injusta, que me imputaron. Yo, lejos de humillarme á desmentirlos, sufrí sin pavor los hierros de una prision; pero apenas me vi libre, dejé un pueblo fatal á los virtuosos. Confiado yo en mi recto corazon y en mi tardía prudencia, desprecié el riesgo, de vivir entre los hombres, y vine á Cásel. Risueño todo, todo venturoso me parecia en mi nuevo domicilio: mi fortuna y carácter me adquirieron varios amigos... ¡Amigos! En fin, á muy poco tiempo hallé una esposa inocente, jóven, bella, y el modelo de la virtud y las gracias. ¡Cuanto la quiso mi tierno corazon! ¡y cuán felice viví con ella en el seno de mi plácida familia, y con el nombre halagüeño

de padre! Sí, amigo mio, ve aqui los solos momentos en que conocí la dicha...

Ay, mísero! Cómo? ¡aun vierta
Limpiando los ojos.

lágrimas! ya no esperaba derramarlas. Acabemos.

Uno á quien llamaba amigo, y á quien juzgaba sincero y justo, robó mi casa.

Yo devoré el sentimiento de mi pérdida, y tranquilo

conocí, que satisfecho el corazon, no codicia

esos goces pasajeros del lujo: en fin desterré

de mi familia el exceso inútil; y limitando

mi sociedad á un estrecho círculo, conservé en ella

un jóven, cuyo modesto lenguaje, cuya conducta

justificaban mi aprecio, á quien prodigué mi hacienda,

para quien obtuve empleos y cargos... y este sedujo

á mi muger en secreto, y huyó con ella. Ya sabes

mi desgracia. ¿Basta esto para motivar mi odio?

odio universal y eterno, ¿ó llamarás ilusion

mi afrenta y mi vituperio?

Ay! el alma de Menó pudo soportar el peso

de los hierros, la injusticia y la muerte; mas los hierros,

la injusticia y aun la muerte, ¿qué pueden ser en cotejo

del agravio de una esposa, el dulce y único objeto

de mi amor, y por quien solo me fue grato el universo?

May. No era digna de ti, Cárlos, y llorar sin mas consuelo

por una muger infiel es delirio. Bar. No me ofendo

de que llames como quieras las afecciones que pruebo;

pero el corazon no cede á la fria razon... Cielos!

yo la amo aun.

May. Dónde está?

Bar. Ni lo sé, amigo, ni quiero saberlo. May. Pero y tus hijos?

Bar. En una aldea no lejos de mi soledad se crian, humildes á los preceptos de una muger buena y necia.

May. ¡Siempre Misanthropo! Pero ¿por qué no viven contigo, como el único remedio de hacer menos dolorosa tu existencia?

Bar. No, su aspecto, copia de una ingrata madre, me ofrecería el recuerdo de mi fugitiva dicha: y en fin, amigo, no puedo sufrir en derredor mio ni los niños, ni los viejos, ni los hombres; y si el uso no me hubiera casi hecho indispensable un criado, no sufriria el que tengo, aunque sé que entre los malos quizá no es el mas perverso.

May. Ya veo, que á la amargura de tu dolor los consuelos ordinarios serán vanos; pero la amistad al menos te será grata. Ven, Carlos, donde te aguarda el afecto de mi familia.

Bar. Quién? yo? ¿yo frecuentar el comercio del hombre? Horst, ya lo dije.

May. Es verdad; pero yo creo que, á no ser un insensible, no puedes hacer desprecio de unas almas que agradecen.

Bar. Hermano mio, no niego que dices bien; pero si supieras cuanto padezco en ver á un hombre! no, amigo, déjame con el silencio de mi soledad.

May. Siquiera una sola vez te ruego.

Bar. No, no. Sin aspereza.

May. Carlos, no rehuses esta gracia á tu sincero, á tu buen amigo.

Bar. Escucha.

Despues de reflexionar.

Tú lo suplicas, y quiero complacerte. Pero en fin, que sea como un encuentro casual, un solo instante. Condúcelos aqui, y luego que lleguen al pabellon, ven por mí, que yo te espero, y tú me presentarás.

May. Bien, y yo me lisonjeo que nos harás compañía en el castillo algun tiempo.

Bar. No lo esperes, y te exijo la palabra, el juramento de que no pondreis estorbo á la fuga que proyecto mañana. May. ¡Qué obstinacion!

Bar. Dame tu palabra, ó vuelvo á retractar la que di.

May. Bien, Carlos; pero...

Bar. Te advierto, que digas á tu familia, que mis adornos son estos que ves. Señalando el vestido.

May. No importa: mi hermano ama solo en ti lo recto de tu corazon. Ven, Carlos, abracémonos de nuevo, y admite las expresiones de la amistad. Ah! no creo, que este abrazo afectuoso

Le abraza.

haya de ser el postrero. Vase

Bar. Frantz. Sale Frantz. Señor

Bar. Mañana mismo partimos. Frantz. Bien.

Bar. Pero pienso, que léjos de aqui.

Frantz. Yo, vamos.

Bar. Quizá para pueblos de la otra parte del mar.

Frantz. Adonde Vmd. quiera.

Bar. Isléñas pacíficos y felices

del mar del Sur, ay! yo vuelo á morir entre vosotros.

Los piratas europeos dicen que robais. ¿Que importa

que me despojeis del resto de una propiedad inutil?

El tesoro de mas precio,

el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre, muerto
para el universo, ingrato
origen de mi tormento.

¿Oíste, Frantz? á la aurora
mañana sin falta...

Frantz. Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

Bar. Pero... Frantz, primero importa
que vayas sin perder tiempo,
á casa de la persona
que dice aquí. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que antes del sol puesto
te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Vmd. hijos! Bar. Sí.

Frantz. Qué genio!
valgame Dios! y ha tres años
que sirvo á Vmd. sin saberlo.
¿Luego Vmd. ha sido esposo?

Bar. Frantz, no me atormentes necio
con preguntas.

Frantz. Pues me iré. *Vase.*

Bar. Aguárdame en mi aposento.

Sí, yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.

Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.

Oh, nunca sea! primero,
ignorados cual su padre,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha,
como las auras ligeros,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.

Pero alguien se acerca. Vamos
á escribir primero, y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.

*Vase, y salen la Condesa, el Conde,
Eulalia y el Mayor.*

Cond. Reniego
de tanto andar. Vaya, vaya,
que las Señoras me han puesto
en egercicio; y fortuna

de que soy el compañero
de la bella y elocuente
Miler. Y bien, ¿con que habemos
reducido al Misanthropo

á venir aquí? Por cierto,
raro hombre! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.

May. Voy por él; pero te ruego
no exasperes su carácter
con instancias: por lo menos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño. *Vase.*

Cond. Bien, haré lo que tú quieres.
Vamos, muger, ve aquí el tiempo
de hacer uso de tus gracias:

tú ya estás en el empeño
de curar este salvaje
melancólico extranjero,
y ello es fuerza.

Cond. ¿Quién pudiera
conquistar á nuestro sexo
un hombre, que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler?

Eul. Señora,
aun cuando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le vieron.

Cond. Qué rareza! pero él llega
con mi hermano. Yo celebro
ver al hombre generoso...

Eul. Ay! Bar. Dios mio!

*Cárlos hace al llegar una cortesía
á las damas, Eulalia le mira, dice
Ay! y cae desmayada en los brazos
de la Condesa: Menó la reconoce,
y al decir Dios mio! tapándose el
rostro con las manos, huye despa-
vorido hácia su habitacion. En tanto
el Mayor admirado y triste de lo
que acaba de pasar, permanece en
silencio hasta que el Conde y su
muger han conducido al pabe-
llon á Eulalia.*

Cond. Santo cielo!
qué es esto? querida Miler!

Condesa. No vuelve: y el extranjero
se ausentó; pero acudamos
á Miler.

Cond. Vamos á dentro
del pabellon, que está cerca,
á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

May. ¿Esperanza lisonjera,
vana imagen de mis sueños

deliciosos! yo tendia
 mis brazos en pos del viento,
 que disipó mis placeres
 como la niebla. El secreto
 se descubrió: yo adoraba
 á la muger de mi tierno
 amigo... Y bien, ¿qué seria
 imposible á mi deseo
 la reunion de dos almas
 dignas del amor eterno
 que se juraron? ¿Acaso
 un delito pasagero
 (mas debilidad que culpa)
 habrá por siempre deshecho
 el lazo que les unia?
 Ah! no, yo me lisonjeo
 de hacer feliz nuevamente
 á mi Carlos; y si puedo
 conseguir esta ventura,
 no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.

May. Y la Miler?

Conde. Miler al instante ha vuelto
 de su accidente, y ya queda
 mas tranquila y escribiendo:
 pero quizá mi presencia
 la importuna, y yo no quiero
 comprimir su corazon.
 Sin embargo, Mayor pienso
 que tú y mi muger sabeis
 mucho mas en el suceso
 actual, que yo.

May. No envidies
 en este caso, te ruego,
 esa triste preferencia.

Conde. No, hermano, no! yo respeto
 la causa de su afliccion,
 y sin saber mas te dejo.
 Haz siempre por detener
 al virtuoso extrangero
 á quien amo, y á quien Miler,
 sino me engaño, hará menos
 insocial y Misanthropo.
 En el castillo te espero.

A Dios. *Vase por la derecha.*

Salen Eulalia y la Condesa.

May. A Dios.

Condesa. Y mi esposo?

May. En este propio momento
 se aleja de aqui. Señora, *A Eulal.*
 no perdamos sin provecho

estos preciosos instantes:
 procuremos buscar medios
 en tan repentino acaso
 de que Vmd. vuelva de nuevo
 con el mejor de los hombres.

Eul. Pues cómo?... qué!... caballero

May. Menó, Señora, es mi amigo
 desde la niñez; los riesgos
 de la guerra confirmaron
 nuestro cariño primero.
 Pero hace ya siete años
 que lejos de él, y mas lejor
 de saber de su destino,
 gemia en el desconsuelo
 de mi corazon. En fin,
 le hallé, Señora, y su pecho
 derramó su acerba pena
 en el mio.

Eul. Oh Dios! yo pruebo
 cuanto abate al criminal
 la presencia de los buenos.
 Ah! Señora, ¿dónde, dónde
 me ocultaré?

*Esconde la cara entre las manos
 de la Condesa.*

May. Si un eterno
 dolor; si una larga serie
 de lágrimas y tormentos,
 si la virtud afligida
 no nos dan algun derecho
 al amor y á la clemencia
 de los hombres y del cielo,
 quién nos le dará? Muger
 desafortunada, el sueño
 de tu honor fue de un instante,
 y la culpa de un momento
 borró el llanto de tres años.
 Sí, Señora, yo penetro
 el alma de mi buen Carlos;
 él quedará satisfecho:
 y yo corro á interceder
 por Vmd. con todo el fuego
 de la amistad que me anima.
 Venturoso yo! si puedo
 perpetuar la memoria
 de una accion de cuyo efecto
 dependerá para siempre
 mi placer y mi consuelo.

Hace que se va.

Eul. No, señor Mayor, yo adoro
 su honor, y el injusto pueblo

o perdonaría nunca
 u debilidad: al menos
 o le añadamos dolor
 dolor... Ah! viva lejos
 de mí felice, y no pruebe
 por mas tiempo el vituperio
 de llamarme esposa.
 ry. ¿Y que
 Vmd. desprecia mi zelo?
 Al. No, Señor; mas oiga V. S.
 lo que suplicarle quiero.
 Muchas veces, que oprimido
 mi corazón con el peso
 de un delito imperdonable
 juzgaba que los consuelos
 huyeron de mí por siempre;
 quizá pensé, que si el cielo
 por última vez cumplía
 los votos de mi deseo,
 dejándome ver mi esposo
 para confesar mi yerro
 á sus plantas generosas,
 sería menos intenso
 mi dolor. Y por lo mismo
 haced que atienda mis ruegos;
 que me conceda el llorar
 por unos cortos momentos
 ante sus ojos, si acaso
 puede sufrir el aspecto
 de una muger criminal.
 Pero no juzgue que anhelo
 su perdón, ni que yo quiera
 restablecer mi concepto
 á expensas del honor suyo.
 Ay! solo verle deseo,
 y preguntar por mis hijos.
 May. Si no perdió sus derechos
 en el corazón de Carlos
 la humanidad, yo prometo
 que lo hará. Dejad ahora,
 porque no tenga un pretexto
 de rehusar mi visita,
 estos contornos. Yo vuelvo
 en favor de Vmd., Eulalia,
 á las plantas de mi tierno amigo.
 Conde. Ay, hermano! nunca
 te quise como te quiero.

La Condesa le alarga la mano con
 la expresión de la amistad: Eula-
 lia echa una mirada al Mayor, que
 explica su reconocimiento; despues

se arroja sobre la mano de la Con-
 desa, que la coge en sus brazos, y
 se entra con ella por el basti-
 dor anterior al pabellon.

May. No hay en la tierra dos almas
 semejantes: su primero
 lazo no debe romperse,
 y Carlos puede sin riesgo
 perdonarla... ¿perdonarla!

¿y cómo eludir los zelos
 del pundonor, que no siempre
 es una quimera? Pero
 una joven inexperta
 la víctima de un perverso
 que la arrastró á los delitos,
 y cuyo arrepentimiento
 ha sido tan dilatado,
 tan doloroso y severo...

Ah! que el mundo no recibe
 justificación del bueno
 que fue débil un instante.

¿Pero Carlos no huye lejos
 de su injusto juez? ¿no piensa
 sepultarse en el secreto
 de la obscuridad? ¿no ama
 su corazón al objeto
 de su llanto? Si, pues ella
 le servira de universo.

X Sale Frantz con los niños Eugenio
 y Amalia.

Eug. Yo me canso.

Amal. Yo tambien.

Eug. Y diga Vmd., ¿llegaremos
 pronto? Frantz. Sí, pronto.

May. Detente:

dime, ¿qué niños son estos?

Frantz. Los de mi Señor.

Amal. ¿Es este

Papá? May. No desperdiciemos
 la ocasion. Amigo, escucha:
 yo sé que amas á tu dueño,
 y me debes ayudar.

Frantz. En qué?

May. No ha muchos momentos
 que halló á su muger.

Frantz. De veras?

¡ay, Señor, cuanto me alegro!

May. Ya conocias á Miler?

Frantz. Y es ella?

May. Sí, pero creo,
 que huye de ella tu Señor,
 y ve aquí lo que debemos evitar.

Frantz. No hay duda, ¿y cómo?

May. Sus hijos pueden hacerlo:

llévalos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Frantz.* Pero...

May. No quieras
inutilizar mi zelo
con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien.

Mas él llega. Sí: yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisonjero
mirar de su bella madre.

Sale el Baron.

Y bien, Carlos, ya te veo
menos infelice.

Bar. Cómo? *May.* Haliándola.

Bar. ¡Cuanto es necio
el que quiere consolarme,
demostrándome á lo lejos
el tesoro que perdí!

May. No es necesidad, si de nuevo
puedes volver á gozarle.

Bar. Te entiendo, Mayor, á efecto
de conseguir mi perdon
te envia; pero te advierto,
que es en vano.

May. Que tu esposa
me envia, no te lo niego;
mas no para reuniros.
Ella te ama, su consuelo,
su ventura la aborrece
sin ti. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora menos
á Carlos, que á su opinion.

Bar. Pues á qué vienes?

May. Primero
en mi nombre como amigo,
como hermano y compañero
de armas, á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario: no, nunca,
nunca (yo lo juro al cielo),
verás su igual. *Bar.* Es verdad.

May. No me niegues, que tu pecho
la tiene amor.

Bar. Ay, amigo!

Le coge la mano.

May. Pues bien, el remordimiento
Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí, Carlos, vuelve de nuevo
á ser feliz. *Bar.* Ser feliz

ser yo feliz! ¿como puede
ser feliz, si ya los hombres
han roto el lazo, que un tiempo
fue mi placer, y le han roto
para siempre? ah! yo no debo
violar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.

May. ¿Y qué te importan los honores
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mono que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga. *Bar.* No hay remedio

¡Con que todos se conjuran
con mi corazon, á efecto
de trastornar mi razon!
di, ¿qué quieres de mí! *May.*
que la veas: ¿negarías
á tu esposa este consuelo?

Bar. Venga, pues; pero no juzgo
envilecerme: la veo
para no verla jamas.

Ma. Espérame aqui un momento.

Bar. Y bien, Carlos, ya se acaba
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí, tú verás al objeto
de tu amor, verás la madre
de tus hijos: ah! ¿y no vuelves
á estrechar mi corazon
con su enamorado pecho?...

Abrazarla yo! ¿no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias?

¿no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre?
Pobre Carlos! no hay remedio,
tu suerte está decretada.

Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad:
ella verá, que respeto
su llanto, que la perdono,
y en fin que la compadezco.

¿Pero quien...; ay, que es Eulalia
Pandonor, orgullo, zelos,

ve aquí la muger que me hizo
feliz sin merecerlo.
en Eulalia, la Condesa, y el
y Eulalia toda trémula
confundida dice á la Condesa.

L. Ah, generosa muger!
¡dejadme! si tuve esfuerzo
para la culpa, tampoco
me fe ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.

Condesa y el Mayor entran en
el pabellon.

Ay, con quanto rubor llegó! Señor.
acerca á Carlos; que sin volver
cara, aguarda conmovido que
ella empiece á hablar.

¿Qué quieres, Eulalia?
dulzura, pero sin volver la
cabeza.

No, no por Dios! huye lejos
de mi oido la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso; resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.

Y bien? Con severidad.

Ah! si el hombre á quien ofendi-
se dignase darme quejas,
quanto aliviaria el peso
de mi corazon! Bar. Yo quejas!
mis muertos ojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mí;
pero no yo. Eul. Ese silencio

generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. ¡Oh. Dios mio,
á quien agravié! Bar. Al primero,
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.

Ah, Señor! sí ya lo veo:
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdon,
el perdon que no merezco.
Solo pido, que algun dia
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.

No, Eulalia, no; yo no puedo
maldecir á quien me hizo

venturoso en mas serenos
dias. No, jamas, jamas,
triste muger. Eul. Conociendo

la iniquidad de mi ofensa,
para que volvais de nuevo
á ser mas feliz esposo,
ve aquí, Señor. os entrego

Le presenta un papel.
este papel de divorcio,
en el cual, Señor, confieso
mi delito.

Oh, nunca sea! Lo toma y lo rompe.

Tú sola tuviste imperio
en mi corazon, Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexible
me prohibe aun el deseo
de unirme á ti; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.

Solo pido

Despues de algun silencio.
al despedirme... Bar. Primero
escucha. Yo he conocido

quanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al menos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
ajena: toma este pliego,

Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta
moderada. Eul. No te acepto.

El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de contento.

Tómate, Eulalia. Eul. Señor,
bien lo sé que yo merezco
mas humillacion, mas pena;
pero no añadais, os ruego,
á mi rubor esta afrenta.

Cruel hombre, hombre perverso,
¡ah, qué muger me has robado!
En fin, Eulalia, respeto
tu virtud. Pero si acaso
Con amor.
probases en algun tiempo
la indigencia, te suplico
que recurrias al momento
á mí.

Bien está.

Bar. Con todo,

Le da una cajita con joyas.

estas joyas que te ofrezco
tómallas pues que son tuyas.

Eul. No, Señor, estos objetos
me acuerdan aquellos días
en que digna del afecto
de mi esposo y de mi padre,
bendecia el universo
mi ventura. Solo admito

Saca de ella un reloj.

este reloj, que mi Eugenio
llevaba, y al cual rodean
de mi Amalia los cabellos.

Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepentido,
y le besaré muriendo.

Bar. Dios mio! no puedo mas.

A Dios, Eulalia...

Eul. Primero *Le detiene.*

tranquilizad á una madre.

Viven mis hijos? han muerto?

Bar. Viven. *Eul.* Hombre virtuoso,

no desatendais ni ruego:

permitid que yo los vea,

y los estreche á mi seno

por última vez... Dios mio!

¡Si supierais que tormento

me arrancaba las entrañas

mientras he vivido lejos

de mi Carlos y mis hijos:

al ver á los pequeñuelos

inocentes de su edad

en sus pacíficos juegos!

Ah! permitidme, Señor,

que yo los vea, y me aleje

dellos, y de vos por siempre.

Bar. Eulalia, yo te prometo

que los verás esta noche:

los aguardo de un momento

á otro, apenas lleguen

mi criado irá con ellos:

tenlos contigo hasta el alba,

pero devuélvelos luego

á su desdichado padre.

Eul. En fin, ¿qué ya no debemos

vernós en la tierra? A Dios,

hombre generoso y bueno,

olvidad á una infelice,

que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.

Repentinamente le coge la mano
se arrodilla y la besa.

Ah! dejadme,

Señor, que bese primero

esta mano que fue mia.

La Condesa tiene al niño en los brazos,

el Mayor á la niña, y poco á poco del tabellon,

que no llegan á Carlos y Eugenio

hasta el último á Dios.

Bar. Eulalia, no, alza del suelo
no te humilles, y recibe

por fin el á Dios postrero.

Eul. Para siempre!

Bar. Para siempre!

Eul. ¿Puedo llevar el consuelo
de que no me aborreceis?

Bar. No, Eulalia,

no te aborrezco.

Eul. En fin, cuando mi dolor

haya expiado mis yerros,

la muerte nos unirá,

con el Dios del universo.

Bar. Ante sus ojos no reina

la preocupacion del necio,

y allí gozaremos juntos

la eternidad de los tiempos.

Sus manos se enlazan, y mirándose
se con mayor ternura, se dicen

voz trémula.

Los dos. A Dios.

Ellos se separan, pero al volver

rostro encuentra Eulalia á la

condesa cerca de ella que levanta

el niño, y le pone á los ojos de

madre: Eulalia le toma en sus

brazos y estrecha con su corazon

los dos

el Baron y el Mayor.

Eul. Ay! *Bar.* Eulalia mia!

abrazad á tu esposo... *Eul.* Oh!

Los dos se arrojan en los brazos

de otro; y al mismo tiempo los niños

que el Mayor y la Condesa tienen

en sus brazos se abrazan al cuello

de sus padres, y cae el telon.